**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***6. Nuevas reglas y un nuevo pacto***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***6. Nuevas reglas y un nuevo pacto***

*Después me harán un santuario, para que yo habite entre ustedes. 9 El santuario y todo su mobiliario deberán ser una réplica exacta del modelo que yo te mostraré.* Éxodo 25:8-9 (NVI)

**Introducción**

Mientras los israelitas vagaban por el desierto, Dios se estaba preparando para encontrarse con ellos otra vez. Esta vez deseaba tanto que su pueblo lo hiciera bien, que decidió descender personalmente y habitar con ellos de nuevo. Su deseo de tener una relación íntima con nosotros es el palpitar de la Historia Principal: Dios anhela experimentar la vida con nosotros. Así que le dice a Moisés que había tres cosas que debían poner en práctica para que él habitara entre los israelitas.

**1. Dios insistió en que su pueblo debía vivir mediante una serie de principios.** Dios desea una comunidad en la cual la gente sea tratada con respeto y con dignidad. El ha visto lo mal que las personas nos tratamos en la tierra. De modo que elaboró unas reglas claramente enunciadas –que nosotros conocemos como los Diez Mandamientos– con el solo propósito de crear una comunidad donde todos se llevaran bien entre ellos y con Dios.

El problema es que no nos gustan las reglas. Pensamos que son necesarias para todos los demás, excepto para nosotros. Las leyes se interponen en nuestro camino y no nos gusta que nadie nos obligue a permanecer dentro de ningún límite que no sea el que nosotros mismos establecemos. En mi Historia Secundaria, yo *puedo hacer lo que quiero, cuando quiero y donde quiero*. Son todas esas otras personas las que necesitan reglas. El único problema es que vivir según nuestras propias reglas constantemente nos mete en problemas. En la Historia Principal de Dios, él les estaba diciendo: “Quiero estar con ustedes, pero primero tienen que aprender a tratarse bien unos a otros, lo cual es la razón por la que les estoy dando estas reglas”.

No es de extrañar entonces que muchas personas se quejen de que Dios nos haya dado los Diez Mandamientos. Lo ven como un juez distante sentenciando a los trasgresores. Ven a Dios como dictándoles todas esas reglas y regulaciones, y después vigilándolos para a la larga atraparlos para poder castigarlos.

Esa visión distorsionada está muy lejos de ser la verdad. Los mandamientos son un don de un Dios que sabía que sin principios rectores para mostrarles a sus hijos cómo vivir, continuarían teniendo una vida miserable para ellos mismos y para los demás, porque nunca sabrían llevarse bien. Él nos dio los Diez Mandamientos como herramientas indispensables para mejorar cada aspecto de nuestra vida.

Los primeros cuatro se aplican a la forma en que nos relacionamos con Dios. Nos piden que tratemos a Dios con sumo respeto. Debemos adorarlo solo a él; no debemos crear nuestros propios dioses; no debemos emplear mal el nombre de Dios; debemos honrarlo guardando un día de reposo. En estas cuatro primeras reglas de vida Dios invita a sus seguidores a entregarse por completo. Él quiere sus corazones, mentes y cuerpos enfocados exclusivamente en su relación con él. No puede haber “Dios + algo o alguien más”. Para que la perfecta comunión con Dios dé resultado, tiene que comenzar con este nivel de respeto.

El resto de los mandamientos nos guían en nuestras relaciones con los demás: Dios nos pide honrar a nuestros padres, y nos prohíbe matar, adulterar, robar, mentir y codiciar lo que no nos pertenece. Más adelante en la Historia, Jesús resume estos diez principios de vida: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente […] Ama a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:37, 39). Estos mandamientos establecen los límites para la única clase de comunidad que Dios desea para su nación especial: una en la que todos se traten con respeto. Más importante todavía, esta es la única clase de comunidad a la que Dios puede regresar y habitar con nosotros. Él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene más.

**2. Dios necesitaba un lugar dónde estar.** Después de darles a los israelitas las reglas de cómo comportarse con él y los demás en esta nación especial, Dios señaló una segunda condición a cumplir para poder venir y habitar entre ellos. Él precisaba un lugar donde estar: “Después me harán un santuario, para que yo habite entre ustedes. El santuario y todo su mobiliario deberán ser una réplica exacta del modelo que yo te mostraré.” (Éxodo 25:8-9). La palabra *tabernáculo* significa “tienda” o “lugar de morada”, y este era el lugar en donde Dios se encontraría con su pueblo.

Desde la perspectiva de la Historia Secundaria, los israelitas deben haber pensado que las instrucciones y el diseño tan elaborado del tabernáculo eran un poco excesivas. Sin embargo, el tabernáculo representaba mucho más que un lugar elegante dónde adorar. Mediante su construcción, Dios no estaba solo erigiendo un santuario; estaba edificando una nación. Él necesitaba saber si los israelitas lo obedecerían por completo, y precisaba de un lugar donde estar que reflejara a ojos del pueblo su poder y majestad. Al principio de su travesía por el desierto, la dedicación de los israelitas a Dios parecía ser muy poca. Cuando Moisés tardó de bajar de la montaña donde se encontraba con Dios, le exigieron a Aarón que les hiciera un becerro de oro, un “dios visible al que pudieran adorar”. De no haber sido por la súplica de Moisés, Dios habría destruido a los israelitas ahí mismo en su indignación. No obstante, como el Padre amoroso que es, Dios guardó su pacto. Con el tabernáculo tendría un lugar donde habitar entre los israelitas y ellos sabrían que él estaba allí, ya que dicen las Escrituras, cuando estaba presente, una nube cubría la tienda y “la gloria del Señor llenaba el santuario” (Éxodo 40:34).

**3. Dios quería un camino para restaurar la comunión entre un Dios santo y un pueblo pecador.** La nueva nación que Dios estaba edificando recibió las directrices para vivir con Dios en comunidad y preparar el lugar donde él habitaría con ellos. Sin embargo, una cosa más tenía que suceder antes de que Dios pudiera morar con sus hijos: la brecha entre su perfecta santidad y el egoísmo viciado de las personas tenía que ser cubierta.

Él deseaba con desesperación reconectarse con el pueblo que había creado, pero su pecado se interponía en el camino. Como sabes, Dios y el pecado no puede coexistir pacíficamente. Él es un Dios puro y santo, tanto que cuando se hacía presente en el tabernáculo, nadie podía entrar donde estaba porque todos los seres humanos se hallaban corrompidos por el pecado. Incluso los sacerdotes, que se lavaban ceremonialmente, se ungían y cubrían con sus atuendos consagrados, no podían entrar al lugar especial donde Dios residía en el tabernáculo, ya que a pesar de sus tareas sacerdotales también estaban infectados con el pecado y por ende les estaba prohibido ver a Dios cara a cara.

Dios concibió un plan para que su pueblo pagara o expiara sus pecados: el sacrificio de animales. Muchos consideran el libro de Levítico como uno de los más aburridos de toda la Biblia. No obstante, es uno de los más importantes ya que describe lo que tiene que ocurrir antes de que la humanidad pecadora pueda reconciliarse con Dios. Al igual que con el tabernáculo, todas las instrucciones elaboradas sobre cómo sacrificar animales sin mancha para que su sangre pudiera expiar los pecados de los israelitas son de gran importancia. Dios está diciéndoles a sus hijos básicamente esto: “Lo que nos separa es el pecado. Yo quiero vivir con ustedes, pero lo único que puede cubrir su pecado es la sangre de los animales más puros y valiosos que poseen.”

En esencia, un animal puro, inocente, de gran valor, asumía el castigo. En vez de que el pecador muriera por sus pecados, el cordero aceptaba el castigo de modo que la persona pudiera vivir y gozar de su relación con el Dios Todopoderoso. ¿Parece injusto? Eso es exactamente lo que Dios estaba queriendo enseñar: “Sí, es injusto por completo que una criatura inocente reciba lo que tu mereces. Pero es la única manera, porque no puedes deshacerte de tu pecado por tus propios medios. Y como yo deseo tanto estar contigo, estoy brindándote una manera de que pagues por tus pecados”.

**Conclusión**

En la Historia Principal, Dios da una pista de lo que ha de venir en su visión de una comunidad perfecta donde él finalmente puede estar con sus hijos para siempre. Basado en el hecho de que el pecado ha contagiado al pueblo que creó, Dios abrió un camino. No importa lo mucho que intentemos ser “buenos”, nunca podremos serlo lo suficiente con nuestras propias fuerzas. Así que les dio a los israelitas una manera de expiar el pecado: por medio de la sangre de un cordero perfecto e inocente de toda maldad. Pero esos sacrificios de animales eran tan solo temporales. Otro Cordero sería sacrificado, uno que en realidad derrotaría al pecado y la muerte, preparando una comunidad final donde la gran visión de Dios para su pueblo pudiera ser realizada plenamente.